

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Jomeini quiere desarmar a la población que lo ha llevado al poder
- El Estado chino y sus capitalistas
- Los trabajadores británicos encolerizados
- Por los Estados Unidos Socialistas de Europa

mensual
trotskista

editado por

**lutte
ouvrière**

Marzo/1979

No

61

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS



ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT MI 48231 USA



Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskiste)

Pour la construction d'un parti ouvrier révolutionnaire en Martinique et en Guadeloupe.
Pour l'émancipation des peuples de Martinique et de Guadeloupe.
Pour la reconstruction de la IVème Internationale.

ANTILLAS

Semanaatio trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año : 100 FF

Seis meses : 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac - CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214 - 97110 Pointe-à-Pitre - Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier - BP 80 93302 Aubervilliers

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por : UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)
enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».



le pouvoir
aux
travailleurs
mensuel trotskiste

UNION AFRICAINNE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONALISTES

LUCHA DE CLASE .

ÍNDICE _____

Página 2 Jomeini quiere desarmar a la población que lo ha llevado al poder

Página 4 El Estado chino y sus capitalistas

Página 9 Los trabajadores británicos encole-rizados

Página 15 Por los Estados Unidos Socialistas de Europa

_____ **NÚMERO 61**

Jomeini quiere desarmar a la población que lo ha llevado al poder

Hasta estos últimos días, siempre se había respetado una regla del juego en Irán : el ejército tenía derecho de tirar contra el pueblo, pero no el pueblo contra el ejército. Así lo imponía por supuesto el Sha y trás él, el imperialismo. Pero también lo quería así Jomeini. Y así lo aceptaba la población iraní, movilizada por millones en repetidas ocasiones pero siempre sin armas, trás la dirección política de la jerarquía religiosa.

Al tirar sobre la muchedumbre, el ejército creaba mártires, que las masas cada vez más numerosas acompañaban en lloros al cementerio. Pero para la opinión burguesa mundial, como para los dirigentes políticos iraníes —los que gobernaban, como los opositores— todo estaba finalmente en el orden. En el orden de las clases poseedoras que, todas sin excepción, sólo alaban y utilizan el «pueblo en armas» cuando está armado por ellas, bien alistado bajo sus leyes, en el marco de lo que llaman las «fuerzas regulares».

Pues bien, algo ha cambiado en Irán. Porque, de por sí, aviadores pro jomeinistas decidieron romper con la neutralidad a la cual Bajtiar, el Estado mayor y también Jomeini les condonaban ; porque, también de por sí, tropas fieles al Sha tomaron la iniciativa de intentar derrotar esos aviadores pro jomeinistas ; y porque la población, espontáneamente, socorrió estos últimos e hizo que éstos les distribuyeran armas, todo se aceleró y todo basculó.

La población de Teherán en armas impuso en cuarenta y ocho horas lo que no había podido obtener con meses de manifestaciones pacíficas. El poder pasó en manos de Jomeini.

Claro está, Jomeini no ha querido que así ocurran las cosas. Toda su política consistió, por lo contrario, en evitar un enfrentamiento entre el pueblo y el ejército del que temía que el ejército saliera dividido y debilitado, sino destruido. Pero es justamente por las fuerzas de las armas de que se apoderó la población a pesar de él, que su gobierno se ha vuelto legal. Y en seguida, la preocupación de Jomeini ha sido la de parar el movimiento popular.

Porque para Jomeini y todos los hombres políticos que le apoyan y se instalan en sus funciones de ministros, la lucha se acabó definitivamente.

Por lo menos, es lo que quisieran que fuera. Jomeini llama a los militares a que integren los cuarteles, y sobre todo llama la población a que devuelva las armas. Jomeini y sus fieles quieren la vuelta a la paz. Quieren que vuelva el orden. También desean que la clase obrera iraní, movilizada durante meses contra el Sha en las refinerías y en otras fábricas en huelga, vuelva al trabajo. Y para apoyar esta voluntad, seguro que tiene Jomeini muchos triunfos en manos.

El ejército iraní se ha salido finalmente lo mejor posible de los acontecimientos de estos últimos días. Al decidirse rápidamente a favor del Ayatola, el Estado mayor salvó lo esencial. El ejército —hombres como material— está casi intacto, sólo un poco atropellado, sólo un poco aquejado en su prestigio moral. Pero a largo plazo, y quizás a más corto plazo, estará en condiciones de desempeñar de nuevo el papel de represión antipopular que siempre fue el suyo, pero esta vez bajo las órdenes del gobierno islámico.

Otro triunfo esencial de Jomeini: todo se hizo, incluso la insurrección de estos últimos días, en su nombre. Los representantes políticos de la gran burguesía llamada «laica» quedaron bajo la sombra del Ayatola. Y los partidos de izquierda, el Partido Comunista Tudeh entre otros, multiplicó los actos de vasallaje político a la futura república islámica.

Incluso los que hoy no quieren dejar que se les quite las armas, parecen no tener otros objetivos políticos que los de Jomeini.

Pero la población de Teherán ha aprendido durante estos días que podía actuar de por sí, y triunfar. Y es importantísimo.

Claro está, lo ha hecho en nombre de Jomeini, a pesar de él, y el jefe religioso goza de una autoridad y de una simpatía incomparable entre las masas populares, pero tarde o temprano el divorcio entre la política del dirigente religioso y las esperanzas de los que le han llevado al poder, ha de producirse. ¿Cuándo? Nadie puede decirlo. En el fuego de la acción y de la movilización popular, todo puede ocurrir muy rápido, pero si el desencanto viene después de la vuelta al orden, del desarmamiento y de la puesta al trabajo de la población entera, entonces la población iraní puede quedar muchos años aún prisionera de las cadenas que habrá contribuido a forjar.

El Estado chino y sus capitalistas

A finales de enero, se anunciaba que los «antiguos capitalistas» chinos iban a recobrar los depósitos bancarios, los títulos y el oro que se les había confiscado durante la Revolución Cultural en 1966. Beneficiarán, además, de los intereses acumulados de esas sumas, y de varios atrasos (sumas que hubieran cobrado como directores de fábrica, etc.). Tienen de nuevo derecho a ser directores de sus ex-fábricas, y de ser asalariados en esta calidad, o de cobrar una pensión si son demasiado viejos. Se reconocen los derechos de sus herederos.

Se anuncia así que los «ex-capitalistas», a los que se consideraban como desaparecidos definitivamente durante la Revolución Cultural, siguen existiendo... y un orador que se expresaba en una reciente reunión que reagrupaba a doscientas personalidades del mundo comercial e industrial chino, incluso ha expresado «*la esperanza de que los industriales y los hombres de negocios patriotas contribuirían especialmente al desarrollo del turismo, de los servicios, del comercio exterior y de las empresas mixtas (con capitales extranjeros)*».

Estas medidas son muy limitadas (incluso si se aplican, no preven la restitución de sus fábricas a los

ex-capitalistas ; además, como lo hacía notar un periodista de *Le Monde*, las sumas pagadas lo serán en moneda interna, lo que disminuye mucho sus posibilidades de utilización). Pero esto bastó para que muchos comentadores políticos del mundo occidental vean en eso el principio de un cambio de rumbo radical en cuanto al capitalismo dentro de China.

¿SE DIRIGE CHINA HACIA UN DESARROLLO DEL CAPITALISMO PRIVADO ?

¿Puede decirse, verdaderamente, que el régimen se meta en la vía de un restablecimiento de un sistema de libre competencia en China ?

Es probable que no. Existen, claro, ciertas muestras que parecen ir en este sentido.

Así, se incitaría a los chinos de ultramar a que invirtieran en China.

¿Pero bajo qué forma ? ¿Se les autorizará a invertir directamente ?, y en tal caso, ¿qué poder tendrán en la dirección de sus empresas ?, o ¿tendrán que seguir, como tal es el caso actualmente, depositando su dinero remunerado al 7,5 %, en los bancos chinos (400 millones de

dólares ya están depositados de esta manera) ?, lo que equivale, de hecho, a poner dinero a la disposición del Estado chino, sin otra contrapartida que el pago de un interés fijo.

También se habla de la actitud «flexible» adoptada por China en cuanto a Macao : el Estado chino, que ejerce una autoridad de hecho sobre esta antigua colonia portuguesa, ha mantenido todas las estructuras económicas y sociales de la isla, contentándose con recobrar las divisas que le proporcionan el turismo y el juego. Y sobretodo, en caso de integración de Macao a China, se compromete a proseguir en esta dirección.

Es el estatuto que China propone también a Taiwán. Los dirigentes chinos desean el reintegro de esa isla, que está actualmente bajo la autoridad de los nacionalistas. Declaran que estarían dispuestos a reintegrar Taiwán, dejando intactas sus estructuras económicas. Nada deja suponer que los dirigentes nacionalistas acepten, pero el hacer tal propuesta es significativo.

Evidentemente, quizás sólo se trate en este caso de gestos de propaganda, de promesas que China se reserva la posibilidad de volver a examinar, una vez hecha la reunificación. Pero, ¿qué ocurrirá en el caso contrario, si efectivamente se reintegra a China Taiwán, donde el capital privado es rey ?

Se planteará entonces el problema de saber si los capitalistas de Taiwán o de Macao tendrán el derecho de invertir directamente en China.

La manera como el régimen chino resolverá a más largo plazo el problema de Macao y de Taiwán, podrá dar indicaciones sobre lo que piensa hacer con respecto a los capitales privados.

Otra vía por la cual se podrá volver

a introducir los capitales privados, y que hace gastar mucha tinta actualmente, es, claro está, la introducción de capitales privados extranjeros, puesto que toda la política actual del gobierno chino consiste en solicitarla.

Se firman actualmente contratos, o se está por firmarlos hoy, principalmente entre las grandes empresas japonesas y China, pero también con empresas francesas (Peugeot-Citroën, PUK y... Pierre Cardin) y norteamericanas.

Pero si solicitan los capitales extranjeros, si les ofrecen invertir en China por el intermedio de sociedades económicas mixtas, si efectivamente desean que las empresas extranjeras construyan fábricas y complejos en China, ¿qué tipo de relaciones piensan establecer los dirigentes chinos con los inversores ? ¿Qué derechos en la dirección de sus propios negocios están dispuestos a otorgarles ? Hasta ahora, el gobierno chino sólo parece haber aceptado contratos en los cuales, a cambio de sus capitales y de su tecnología, las empresas serían remuneradas por una parte de la producción destinada a la exportación. No se trata, al menos por el momento, de darles a los capitalistas extranjeros el libre acceso al mercado chino, ni de dejarles invertir donde quieran, en los ramos que deseen, ni de hacer lo que quieran de su ganancia.

El problema que se plantea es, evidentemente, el de saber si los dirigentes chinos tienen la intención de ir más lejos en la vía del desarrollo de una economía capitalista de libre competencia y si las medidas y declaraciones hechas recientemente son aberturas que permitirían el desarrollo del capitalismo privado en China.

Si, de antemano, no se puede

responder en cuanto al futuro, se puede ver, sin embargo, a la luz de la política pasada del Estado chino con respecto a sus capitalistas, que no está opuesto por principio, a los intereses privados ni a los capitalistas.

LAS RELACIONES DEL ESTADO CHINO CON SUS CAPITALISTAS

El programa de Mao y de sus compañeros no consistía en la instauración del socialismo, sino en la modernización del Estado chino y en el desarrollo económico del país. Era un programa nacionalista burgués.

Este desarrollo económico, querían que se realizara mediante la expansión del capitalismo y preveían apoyar y proteger a los capitalistas.

Y fue en nombre del «bloque de las cuatro clases», burgueses patriotas, campesinos, obreros e intelectuales, en nombre de esta Unión Sagrada, que el Partido Comunista Chino tomó el poder. El Estado chino que resultó, era un Estado burgués que procuraba a la burguesía nacional : la independencia nacional, es decir el fin de la dominación extranjera sobre la economía china, y sólidas barreras aduaneras al abrigo de las cuales la burguesía tenía la posibilidad de implantar industrias sin temor de la competencia extranjera ; y la unificación del país, es decir un mercado nacional.

El Estado chino mantuvo a los capitalistas en sus puestos —expropioando a los que habían tenido vínculos con Japón y a los que habían seguido a Chang Kaï Chek a

Formosa (Taiwán).

Sin embargo, la burguesía no pudo sacar provecho de la situación, los capitalistas no pudieron desarrollar la economía. Eran demasiado débiles para eso, no disponían de los capitales necesarios.

El Estado chino, que perseguía el objetivo de construir una economía fuerte y de hacer de China una potencia económica, y que, de manera más inmediata, estaba motivado por la necesidad de hacer vivir China, casi enteramente aislada por el bloqueo decretado por los Estados Unidos durante la guerra fría, iba a ser incitado a intervenir de manera cada vez más autoritaria en la vida económica. Al igual de lo que pasa en los países subdesarrollados y que tratan de «despegar», —sin jamás conseguirlo verdaderamente— el Estado chino tuvo que concentrar en sus manos los capitales y los medios necesarios para orientar la producción y desarrollar los sectores decisivos.

Cabe decir que, por las circunstancias, a partir de 1949, el Estado chino ocupaba una parte importantísima en la economía.

Había heredado del complejo industrial que los japoneses habían construido en Mandchuria y que proporcionaba a China los 9/10 de la industria pesada. Había heredado, también, de las fábricas y de las empresas comerciales de los «burgueses burócratas» ligados a Chang y a burgueses pro-japoneses.

Así, según las cifras oficiales, el 34 % de la economía estaba en 1949 en manos del Estado, sin contar las empresas mixtas.

Es en este contexto donde iban a transformarse a lo largo de los años, las relaciones del Estado chino con los capitalistas. De los pedidos de Estado que orientaban la producción, el Estado iba a pasar a la

dirección y luego a la compra de las empresas.

A finales de 1952, el Estado era el propietario de cerca del 53 % de las empresas. En 1956, las empresas de Estado o mixtas constituyan cerca del 96 % del total.

Esta política de concentración de la economía en manos del Estado siguió varias etapas. Y aunque han organizado «campañas» contra los capitalistas para forzarles a dejar el puesto, los dirigentes chinos deseaban demostrar que respetaban sus derechos.

Así, a los propietarios se les indemnizaba, en principio, y debían cobrar el 5 % de interés sobre su capital. Se les incitaba a menudo a que se mantuvieran a la cabeza de sus antiguas sociedades en tanto que directores o técnicos asalariados.

Así, a partir de 1966, globalmente, la burguesía detentora de capitales y propietaria de los medios de producción ya no existía —aunque en aquella fecha, un millón de «burgueses nacionales» seguían cobrando sus 5 %.

El período de la Revolución Cultural, a partir de 1966, iba a marcar un viraje decisivo en la política del Estado chino con respecto a la clase burguesa. A los antiguos capitalistas se les desposeyó de los bienes que les quedaban, viéndose a menudo acusados por los Guardias Rojos.

El nuevo viraje, es decir la promesa hoy de restituir sus privilegios a los ex-capitalistas, es uno de los zigzagues de la política que el Estado chino ha llevado a cabo con respecto a sus burgueses, una política sinuosa, pero nunca verdaderamente hostil.

Si cambio de rumbo hay, es únicamente con respecto al período de la Revolución Cultural.

¿ QUÉ PORVENIR PARA EL CAPITALISMO EN CHINA ?

¿ Sea lo que sea, cual puede ser el alcance de las medidas recién tomadas en China ?

La rehabilitación de los ex-capitalistas, aunque parece espectacular, no puede acarrear cambios fundamentales en la economía china.

Puede ser una mera medida simbólica — ¡ y nada prueba que se aplicará ! — destinada a probar a los detentores de capitales extranjeros, en el marco de la política actual de China para abrirse a las inversiones extranjeras, que no tienen por qué temer al régimen chino.

También puede ser el principio de una nueva política con respecto a ciertos empresarios, a quienes el Estado chino podría permitirles que se desarrolle en los sectores que están a su alcance. El porvenir lo dirá.

Pero tal desarrollo sólo puede ser limitado y marginal en la economía china.

Ya que el problema esencial de China es — además Teng lo menciona frecuentemente — el de ser un país subdesarrollado. Los sucesivos dirigentes chinos intentaron poner remedio a este estado de cosas, a través de todos los artificios de su política, pero sin éxito. Este subdesarrollo llevó al Estado chino a que desempeñara un papel determinante, omnipresente en la vida económica, a que relevara a los capitalistas chinos, demasiado débiles para satisfacer las necesidades económicas del país.

Ahora bien, hoy, dados los capitales que se necesitarían en los sectores vitales del país, lo que pudiera haber en China —o en manos de los chinos de ultramar—

como capitales privados, es debilísimo. Según el Instituto Japonés de investigaciones económicas, doscientos mil millones de dólares necesitaría China hasta 1985, únicamente para financiar su actual plano de desarrollo.

Los haberes de los ex-capitalistas chinos sólo deben representar una ínfima parte de esta suma. Por otra parte, funcionarios chinos dicen que esperan en total, mil millones de dólares procedentes de los chinos de ultramar (de los cuales 400 millones ya están en China).

¡Estamos lejos de la cuenta !

De todas maneras, incluso con la intervención del Estado, —ya se vió desde hace treinta años— el «despegue» económico de China es difícilmente posible, por no decir imposible. Y no es la solicitud de capitales extranjeros, —si se invierten en China lo harán con arreglo a las ganancias posibles y a los cuales

de todas maneras se habrá de pagar— lo que podrá remediar a este estado de cosas. Ya que es toda la base económica, financiera y técnica la que falta a China para que este «despegue» sea posible.

Y este subdesarrollo fija también el cuadro y los límites de un eventual desarrollo del mercado capitalista en China, incluso si los dirigentes chinos lo favorecen.

Asistiremos, sin duda alguna, a un crecimiento de las desigualdades en el país —a este respecto, los privilegios que de nuevo se otorga a los ex-capitalistas son un verdadero símbolo.

Quizá, se verá nacer empresas capitalistas, pequeñas o medianas.

Pero lo que es imposible, es la formación en China de una economía capitalista desarrollada, generadora de una burguesía nacional poderosa.

LOS TRABAJADORES BRITÁNICOS ENCOLERIZADOS

El gobierno laborista de James Callaghan, ya no parece capaz en este principio de febrero, de contener la ola de descontento que azota Gran Bretaña. A mediados de enero, en plena huelga de transportistas, los ferroviarios paralizaban el país durante varios días. Y la huelga del mes de enero de los transportistas todavía no se había acabado que ya los empleados de los servicios públicos tomaban el relevo. Los empleados del servicio de aguas y los alcantarilleros han conseguido, tras cuatro semanas de huelga, aumentos substanciales que van hasta el 16 %. Hoy, desde los empleados de pompas fúnebres hasta los basureros, del personal hospitalario hasta los empleados del servicio de aguas, de los ambulancieros al personal de las cantinas escolares, todas estas categorías de trabajadores están en lucha por aumentos del 20 % al 40 %.

Aunque los laboristas llegaron al gobierno en 1974 denunciando la política antibrerera de los conservadores y prometiendo más justicia social, han utilizado a fondo desde hace cinco años sus vínculos privilegiados con el movimiento sindical para imponer a la clase obrera una política de austeridad draconiana que la ha amputado de cerca de un tercio en su nivel de vida.

La base de esta política ha sido por supuesto el bloqueo de salarios, cada vez peor aceptado por los trabajadores a medida que transcurrian los años. En otoño último durante su congreso anual, los sindicatos tuvieron que desolidarizarse abiertamente de la política de control de los salarios negándose a limitar las reivindicaciones salariales a 5 % como lo deseaba Callaghan. ¡Profundo debía ser el descontento de los trabajadores para que los dirigentes sindicales hicieran además de tomar sus distancias con el gobierno laborista !

Hoy Callaghan se ve obligado a renunciar a su política salarial no solamente para con tal o cual categoría de trabajadores sino también para con los 2,5 millones de trabajadores de servicios públicos y empleados municipales.

LA HUELGA DE LOS TRANSPORTISTAS : UNA HUELGA SALVAJE

La huelga de los transportistas representó incontestablemente una etapa importante de esta movilización obrera. Demostrando una extraordinaria combatividad, beneficiando de la simpatía de los demás

trabajadores, lograron a unas cuantas decenas de miles paralizar la vida del país. Al conseguir importantísimos aumentos de salarios hicieron retroceder a patronal y gobierno. Por fin, su huelga fue en amplia medida una huelga salvaje que los dirigentes sindicales tardaron diez días en oficializar y que no llegaron a controlar realmente nunca. Demuestra la desconfianza creciente de los trabajadores con respecto a las burocracias sindicales.

La huelga comenzó en Escocia el pasado día 2 de enero, según el proceso sindical normal, tras la ruptura de negociaciones con la patronal que proponía 15 % de aumento, o sea sesenta libras esterlinas por semana y cuarenta horas de trabajo. Los transportistas reclamaban en cuanto a ellos sesenta y cinco libras para treinta y cinco horas.

Se trataba entonces de una huelga reconocida por el mayor sindicato británico, el Transport and General Workers' Union (T.G.W.U.). Pero la huelga se extendió inmediatamente como un reguero de pólvora a toda Gran Bretaña, mientras que las negociaciones transcurrian aún en las diversas regiones entre sindicatos y la asociación patronal, la Road Haulage Association (R.H.A.).

Paralelamente, los chóferes de camiones cisterna que no debían ponerse en huelga antes del 10 de enero se lanzaron también en una huelga salvaje.

Se constituían localmente comités de huelga que inmediatamente se ocupaban de bloquear todos los transportes por carretera. Los piquetes de huelga paraban a todo el mundo, transportes individuales, transporte interno de empresas, y a los transportistas no huelguistas adherentes a un pequeño sindicato, el United Road Transport Union

(U.R.T.U.), que había decidido en cuanto a él aceptar la oferta patronal del 15 %.

La simpatía de la que beneficiaban los huelguistas es tal que nadie acepta franquear los piquetes y rápidamente las consecuencias de la huelga se hacen sentir : en pocos días, los puertos de Southampton, Hull, Liverpool están cerrados. Las escuelas cierran por falta de fuel, en Manchester se suspende el servicio de autobuses durante el fin de semana. Pero la dirección de la T.G.W.U. sigue negándose a oficializar la huelga. Escocia aparte, a pesar de las demandas reiteradas de los huelguistas. Sin embargo, la huelga se extiende todos los días, bloqueando los diques, los depósitos, las terminales de llegadas de alimentos ; en las ganaderías se matan animales por falta de abastecimiento y las conserverías se ven afectadas por falta de sal. Cuarenta mil, luego setenta mil transportistas están en huelga.

Los conservadores reclaman la proclamación del Estado de Urgencia, es decir la utilización del ejército para quebrantar la huelga.

Es cuando el gobierno, en la noche del 11 al 12 de enero, convoca a los dirigentes sindicales. Len Murray, secretario general de la T.U.C., Moss Evans, secretario general de la T.G.W.U., se conciernen sobre la política a seguir. Y el doce de enero, la T.U.C. oficializa la huelga de los transportistas, no para endurecer el movimiento frente al gobierno sino para tratar de tomar el control de una huelga que le escapa cada vez más y que empieza a tener consecuencias muy serias para toda la economía y la vida del país.

El sindicato U.R.T.U., que sin embargo había aceptado la oferta patronal de 15 % decide también, el 12 de enero, de oficializar la huelga :

sus adherentes son irresistiblemente arrastrados por el movimiento. ¡Hay en ese momento más de noventa mil huelguistas!

A pesar de esto, para los dirigentes sindicales, no se trata de una huelga general de transportistas. Alex Kitson, dirigente de T.G.W.U. encargado de seguir la huelga, se empeña en recordarlo: «La gente se equivoca cuando piensa que se trata de una huelga general. Existen dieciocho regiones que negocian separadamente con la Road Haulage Association, y todo el país no está en huelga». Valiéndose de negociaciones en curso en los Midlands y en el Dorset, expresa el deseo de que no se bloquee a los transportistas de estas regiones. Igualmente los dieciocho mil transportistas de la empresa nacional, la Freight National Corporation están apartados de la huelga, cuando las negociaciones que les afectan no progresan sobre más o menos las mismas reivindicaciones que en el sector privado. Por lo más, el 15 de enero, dos mil transportistas de la Freight National Corporation deciden sumarse a la huelga.

Todo esto es significativo de la política de los dirigentes sindicales. Ya que de hecho la huelga es total y es precisamente lo que plantea un problema al gobierno y a los dirigentes de la T.U.C.

CUANDO LA HUELGA SE CONVIERTE EN «OFICIAL»

En cuanto se declara oficial la huelga, se instituye una concertación gobierno-sindicatos para intentar reglamentarla.

A partir del 13 de enero el gobierno crea una lista de productos prioritarios (productos médicos, alimen-

tos, fuel) que los dirigentes de la T.G.W.U. se comprometen a dejar circular. Regionalmente las autoridades locales crean 11 comités de urgencia para vigilar la circulación de productos indispensables y asegurarse la colaboración de los ramos sindicales regionales.

Pero no va a ser tan fácil hacer que la huelga entre en ciertos límites. En Escocia donde la huelga fue oficial desde el principio, los piquetes de huelga no han sido más respetuosos de las formas a pesar de los esfuerzos de los dirigentes sindicales. El lunes 15 de enero, Kitson se excusa del poco efecto de los acuerdos de prioridad aceptados por los dirigentes sindicales: «La huelga sólo ha sido oficial desde hace dos días y no lo podemos hacer todo en una noche». Promete una mejora en el transcurso de la semana. Y de hecho en los días que siguen, los dirigentes sindicales se afanan en hacer que se respete la libre circulación de los productos llamados prioritarios y en impedir que los piquetes bloqueen las empresas no directamente implicadas en el conflicto. Pero a pesar de todo, la huelga se desarrolla y se endurece en ciertas regiones. Los piquetes que bloquean el aprovisionamiento de las empresas se multiplican. Ya no se aprovisionan regularmente las grandes cadenas de supermercados, carnicerías y salchicherías industriales están obligadas de cerrar por falta de productos de conservación y de material de embalaje. El paro técnico afecta cada vez a más trabajadores de la industria, como en Dunlop, Good-Year...

Hasta ahora Callaghan se había negado a utilizar el ejército. El 16 de enero, declaraba en la Cámara de los Comunes: «La Cámara debe estar persuadida que el ejército sólo podría abastecer una pequeña fracción de los productos que pueden circular

gracias a nuestros acuerdos de prioridad».

Pero frente a la poca eficacia de los famosos acuerdos, amenazaba de nuevo con decretar el Estado de Urgencia. En la noche del 17 al 18 de enero, vuelve a convocar Moss Evans y Len Murray para reprocharles su incapacidad a hacer respetar sus promesas y exigir resultados.

La T.G.W.U. redacta entonces un reglamento para la organización de los piquetes, que distribuye el 19 de enero a todos los ramos regionales del sindicato. Se estipula que son los permanentes de la T.G.W.U. los que deben decidir de los lugares en donde se pondrán los piquetes, que se deben limitar en número y que sólo los trabajadores sindicados los pueden componer. Estos últimos deberán llevar brazales visibles. Las organizaciones regionales del sindicato podrán decidir sanciones disciplinarias contra los sindicados que transgredieran el reglamento.

Los dirigentes de la T.U.C. dan a entender de esta manera que : ¡se podría excluir y licenciar de su empleo a los que no obedecieran ! Alex Kitson se defiende vigorosamente contra los que hubieran querido que el reglamento fuera aún más draconiano : «*¿Qué quiere Usted que hagamos ? ¿Que utilicemos un látigo ?*

La colaboración entre los Comités de Urgencia y los dirigentes sindicales se fortalece, pero sin demasiado éxito. Los transportistas no se dejan intimidar, ni por las amenazas del sindicato, ni por las del gobierno. Después de la muerte de un transportista huelguista, arrollado por un camión que forzaba un piquete en Aberdeen, la huelga se endurece de nuevo, los trabajadores no quieren dejar pasar nada, y a las empresas les falta cada vez más acero, chatarra, cobre, productos

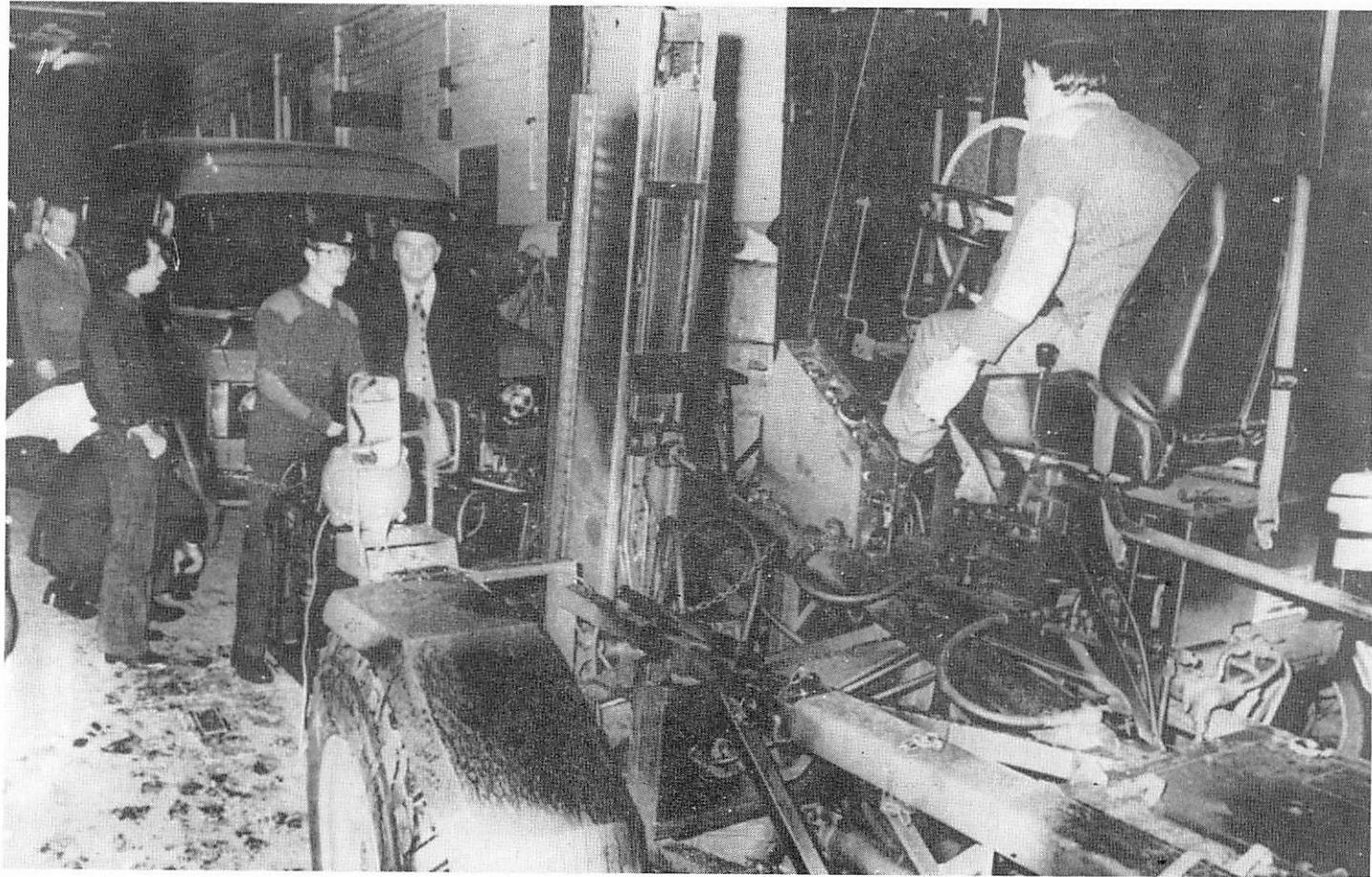
químicos, fuel... La impopularidad del reglamento es tal que le es fácil a la U.R.T.U. declarar que no lo respetará y que al contrario es necesario intensificar los piquetes.

Frente al gobierno, Kitson se defiende como puede : «*quedan aún algunos puntos negros de los que vamos a ocuparnos durante el fin de semana. Esperamos poder hacer estado el lunes de nuevos éxitos en el restablecimiento de la circulación por carretera*». ¡He ahí el objetivo reconocido del dirigente sindical encargado de dirigir la huelga !

La determinación de los huelguistas, la desconfianza con respecto al aparato sindical no pueden ilustrarse mejor que por el hecho de que a pesar de todos sus esfuerzos, los dirigentes sindicales no hayan logrado mantener la huelga dentro de ciertos límites.

FIN DE LA HUELGA DE TRANSPORTISTAS

Pero si la organización local de la huelga ha sido sumamente sólida, si la solidaridad entre trabajadores se ha aplicado a fondo para que no se franqueen prácticamente nunca los piquetes de huelga, los transportistas no han conseguido unificar la dirección de su huelga. Ha sido la T.G.W.U. quien, de hecho, ha patrocinado la huelga pero sin hacer nada para unificarla y agruparla lo más posible, al contrario se ha ocupado en desmenuzarla y contenerla. El sindicato ha negado siempre haber organizado una huelga nacional alentando todas las negociaciones separadas. A partir del 16 de enero, se realizaron los primeros acuerdos locales con la patronal. Se multiplicaron sin que su contenido fuera hecho público.



The army trying to release two ambulances blocked by striking hospital workers

El ejército intenta liberar dos ambulancias inmovilizadas por los huelguistas de los hospitales en Londres.



On the line, there exist no borders between workers of different nationalities. There must be no borders either between the peoples of Europe!

En las cadenas, entre trabajadores de origen diferente, no hay fronteras. ¡No debe de haber entre los pueblos de Europa !

Algunas empresas acordaban a menudo 65 libras por semana (por 40 horas de trabajo —5 más de lo que estaban al principio dispuestas a ofrecer—), otras solamente 64 libras e incluso menos. Los acuerdos se multiplicaron rápidamente a partir del 21 y 22 de enero, cuando el gobierno dió la señal al dejar entender a las empresas que podrían repercutir los efectos sobre sus precios. Los dirigentes sindicales mucho más preocupados en contribuir a desmoronar la huelga que en obligar a inclinarse patronal y gobierno no han exigido un acuerdo global. Y los transportistas han vuelto al trabajo a principios de febrero, en orden disperso, empresa por empresa, ciudad por ciudad, región por región, después de un mes de huelga. Los sectores más combativos han acabado por quedar aislados, como en Manchester o Liverpool donde la huelga continúa, expuesta esta vez, a la hostilidad de los trabajadores en lock-out.

Quizás los transportistas hubieran podido obtener aún más, puesto que reclamaban diferentes arreglos para las horas extraordinarias, las noches pasadas fuera de su casa y sobre todo las 35 horas de trabajo. Pero lo que han obtenido —una media de 20 % de aumento— constituye una incontestable victoria.

Después de los 17 % obtenidos en diciembre último por los trabajadores de Ford, esto constituye un formidable aliento para todos los asalariados cuyo descontento es cada vez más explosivo.

UN EJEMPLO CONTAGIOSO

El primer ministro Callaghan no lo ignora. Teme que la revuelta de los empleados de servicios públicos y

colectividades locales vaya demasiado lejos. Al declarar el 3 de febrero último que no podía tomar en consideración aumentos que no fueran inferiores a 10 %, ha aceptado indirectamente que el máximo de 5 % instituido hasta ahora en la regla de oro gubernamental deje de serlo.

Hay que decir que los trabajadores de los servicios públicos han sido en particular víctimas de la política gubernamental y hoy reclaman 60 libras semanales por 35 horas, lo que representa 40 % de aumento para los salarios más modestos.

La convocatoria de sus sindicatos el 22 de enero para hacer 24 horas de huelga les ha suministrado la ocasión de mostrar una voluntad de lucha que ha sorprendido a los organizadores mismos. No menos de un millón y medio de personas se han puesto en huelga.

Pero mientras que desde entonces centenas de miles de trabajadores se encuentran entablados en acciones que van desde el paro por turnos a la huelga total pasando por todas las formas de huelga perlada o huelga del celo, los dirigentes sindicales se preservan de unificar esta ira y de pasar a acciones generales.

Pero el descontento es tal que la voluntad de conciliación de los dirigentes de la T.U.C. no basta ya para contener a los trabajadores. Durante años han aceptado los sacrificios que les pedían el gobierno laborista, pero hoy en día parece que éste haya agotado su capital de confianza. Se ve obligado a ceder sobre los salarios y hasta ahora lo que ha concedido no basta para mantener la paz social.

Hay que decir que los laboristas tienen un margen de maniobra estrecho. Su papel consiste en hacer aceptar la austeridad a la clase obrera y a la totalidad de la población laboriosa y garantizar la

paz social a la burguesia. ¡Hoy en día no parecen en estado de obtener lo uno y lo otro, lo que en este año de elecciones, es sin duda especialmente doloroso! Pero la clase obrera ya no está dispuesta a aceptar todo para salvar el gobierno laborista. Su combatividad no está

por demostrar. Le falta el dotarse de organizaciones que estén dispuestas a ayudarla para defender sus intereses generales luchando contra la política del partido laborista que se dedica a limitar el alcance de las luchas de la clase obrera y a debilitarlas.

Por los Estados Unidos Socialistas de Europa

Un dibujo publicado hace poco tiempo en las columnas del diario **Le Monde**, ilustra mejor que muchos comentarios, la actitud adoptada por una parte del movimiento obrero oficial francés en los debates sobre Europa ; debates estimulados de nuevo por el proyecto de extensión del Mercado Común y, sobretodo por la proximidad de las elecciones al Parlamento europeo.

Se ve a Georges Marchais, vestido de soldado de la guerra franco-prusiana de 1870, bayoneta calada, arremeter con aspecto amenazador, hacia un blanco indicado por una flecha : Sedán. El dibujante, ni siquiera ha tenido que caricaturizar. Entre las pancartas llevadas por los manifestantes en Lorena bajo el impulso del PCF, podía leerse : «¡1870, 1914, 1940, Basta ya !» .

Pero la actitud del Partido, que sin embargo todavía se pretende Comunista, es peor que anacrónica. Pues en 1870, los miembros franceses de la Internacional obrera no señalaban de un dedo acusador a Alemania : al contrario, se dirigían a sus «hermanos de Alemania» para afirmar que los «trabajadores no conocen las fronteras» .

Esto no contenía solamente la

afirmación de la solidaridad obrera por encima de las fronteras. Frente a los nacionalismos de la época, todavía ascendentes y en ciertos aspectos, progresivos, el movimiento comunista y socialista afirmaba orgullosamente su internacionalismo. Frente a las fronteras que dividían a los pueblos, afirmaba su voluntad de derrocar el poder de los explotadores, para fundar «la República Universal de los Pueblos» .

Pues bien, hoy, algunas voces cantantes de la derecha liberal pueden permitirse el lujo de atacarse «al nacionalismo reaccionario anti-europeo» del PCF y, convertirse en los defensores de la unidad europea contra «la balcanización de las naciones» . Oh, sin duda no son más que frases. Pero es un signo de los tiempos que corren, el que sea esa gente la que las pronuncia.

En la época en que eran verdaderamente socialistas, verdaderamente comunistas, los partidos del mismo nombre encarnaban, en nombre del proletariado, una política que combatía esos formidables obstáculos que constituyen las fronteras nacionales, los Estados nacionales, ante el desarrollo económico, cultural y humano. Hoy han abandonado desde hace tiempo ese combate, como han abandonado

otros. Allá la derecha liberal, si hace suyas algunas de las palabras que sirvieron para librarse este combate, vaciándolas completamente de su contenido.

A la fraseología de una parte de la derecha sobre la unidad de Europa, los partidos que se reclaman de la clase obrera no tienen nada que oponer. El Partido Comunista, como el Partido Socialista se inspiran sencillamente de las mismas opciones políticas de las que se inspiran los partidos de derechas. Además, la división de los dos grandes partidos de izquierda encaja en sus grandes líneas, las divisiones de la derecha entre gaulistas y «giscardocentristas».

El Partido Comunista, en su lenguaje como en los hechos, se hace el portavoz del chauvinismo. El Partido Socialista se alinea sensiblemente sobre las posiciones de la derecha «pro-europea»—o al menos pretendida tal— reservándose posibilidades del lado del nacionalismo. Incluso una parte de la extrema izquierda, por seguidismo con respecto al PC o por mero oportunismo, se sirve del vocabulario marxista y revolucionario para hacer suyos algunos de los temas de la campaña nacionalista, notablemente tomando posición contra el ingreso de España, Portugal y Grecia en el Mercado Común.

Los revolucionarios deben intervenir en el debate sobre Europa y dar un punto de vista correspondiente a los intereses de la clase obrera.

No sería justo retirarse sencillamente del debate en nombre de la idea de que, porvenir «nacional» o porvenir «europeo», se trata de todos modos de un porvenir capitalista el que preparan los protagonistas burgueses del «debate europeo». Aunque sólo fuera para demostrar que ningún partido de la burguesía

encarna en realidad un porvenir europeo; y que la veleidad de sus frases sobre las ventajas de una Europa unificada suenan a hueco, porque no hay nada detrás.

EL MARCO ESTRECHO DEL ESTADO NACIONAL

Sin duda ha ocurrido a veces en el pasado que la reacción realice, con retraso y a un precio caro para la sociedad, tareas que van en el sentido de la historia, y que la revolución se reveló incapaz de cumplir a tiempo. La revolución proletaria se ha revelado hasta ahora incapaz de suprimir esas fronteras nacionales que desmembran, desorganizan, parcelan Europa. ¿Estará la burguesía en trance de lograrlo a su manera?

¡Ni siquiera está por tomarlo en consideración seriamente! Si una parte del personal político de la burguesía puede complacerse hoy en el papel de defensor del progreso humano —la unificación de Europa, lo sería!— es únicamente porque el movimiento obrero oficial es incapaz, en cuanto a él, de incarnar ese progreso y de demostrar que la burguesía al contrario no lo encarna. La derecha liberal sólo puede mostrarse «europea» y aparecer como contestando a algunas de las cuestiones más ardientes de la evolución de los países europeos, en contraste con el nacionalismo desenfrenado de una parte de la izquierda.

La unificación de Europa es una imperiosa necesidad. La economía ha tejido entre naciones y continentes, lazos económicos indisolubles. En los hechos, los hombres trabajan los unos para los otros, en una división del trabajo a la escala del mundo. El desarrollo, o el simple

mantenimiento de las fuerzas productivas de la sociedad exigen vastos campos, en espacio como en hombres, que los irrisorios marcos nacionales, y particularmente en Europa son incapaces desde hace mucho tiempo de ofrecer.

Europa —toda Europa, la de los seis, de los nueve, o de los doce— forma un todo económico, abierto además a los otros continentes. En el plano estrictamente humano, social y cultural, la compartimentación nacional, la separación de los pueblos, la limitación del simple derecho de circulación, son anacronismos escandalosos. En el plano estrictamente económico, la estrecha cooperación de los pueblos de Europa es una necesidad.

Esta necesidad se impone incluso a las diferentes burguesías de Europa. No por la retórica —además cada vez más pobre y prudente— de hombres que como desde Robert Schuman y Jean Monnet hasta los Lecanuet y Tindemans, pretenden representar la idea europea. Se impone por la evidencia de los hechos: por la producción capitalista moderna en donde, fuera de un vasto mercado, ninguna salvación es posible.

Esta evidencia de los hechos, las burguesías de Europa, la sufren a expensas suyas, desde hace más de medio siglo. La decadencia de los imperialismos europeos, en particular frente al imperialismo norteamericano, viene en gran parte del fraccionamiento de los países de Europa frente al vasto mercado interior del que dispone el imperialismo US. No obstante, la necesidad de unificar el espacio económico europeo, por mucho que se imponga como una evidencia, no resuelve la cuestión de saber en provecho de qué burguesía nacional se hará. Pues si cada burguesía nacional

tiene necesidad del espacio económico europeo —la burguesía alemana hablaba en su momento de espacio vital— se encuentran en competición para dominar ese mismo espacio. Esta competición, exacerbada en rivalidad, ha conducido en menos de un siglo a tres grandes guerras, de las cuales dos se convirtieron en mundiales. Sin que además, ninguna de esas guerras resuelva la cuestión, como no sea bajo la forma de un debilitamiento de todos los imperialismos europeos rivales en provecho del imperialismo norteamericano, que, a su vez, ha depositado su candidatura al control del mercado europeo —todavía compartimentado entre Estados— con más eficacia además que los mismos protagonistas europeos.

EL MERCADO COMÚN O LA DESCONFIANZA INSTITUCIONALIZADA

Bajo una forma más pacífica y bajo la abrumadora tutela de los Estados Unidos, las burguesías nacionales competidoras de Europa están confrontadas, desde la guerra, muy exactamente a las mismas contradicciones que antes. La interdependencia de sus economías se ha acrecentado todavía. Pero se ha acrecentado paralelamente al peso de sus Estados nacionales en la vida económica. Por un lado, las burguesías nacionales aspiran a un vasto mercado unificado. Por otro, la supervivencia, los provechos de cada una, están liados a su Estado nacional, a su protección, a sus subsidios, a los privilegios que éste presta a los suyos.

Desde el principio del proceso que ha conducido a la instauración del

Mercado Común, las burguesías de Europa intentan conciliar los dos aspectos. En el fondo, los dos son inconciliables. Sin embargo, la necesidad de flexibilizar la barreras proteccionistas —si hubieran sido mantenidas, Europa no hubiera tenido la menor posibilidad de relevarse de la desorganización de la guerra— ha conducido a la institucionalización de la primera zona de relativo libre cambio, limitada a los productos fundamentales, el carbón y el acero : la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Para que esta Comunidad naciera, era necesario, además de la presión de la necesidad, aquélla aún más tangible, de los Estados Unidos, deseosos de ver a los países de Europa salir del caos, tanto por razones militares y políticas —contra la URSS, naturalmente— como por razones económicas. En todo caso, es de ahí que vienen los primeros «organismos comunitarios» que no sean puramente decorativos. Los primeros abandonos pues, de esta soberanía nacional integrada, tan cara a los gaulistas y al PCF.

Desde entonces, se ha empezado a designar bajo el pomposo término de «construcción europea», esta sucesión pragmática de medidas destinadas a facilitar el comercio entre países europeos que, sin ello, hubieran sido condenados a la anefisia económica. El término tendrá éxito, incluso si Europa no está a punto de salir de esa construcción. ¿Pero no se ha entendido a Winston Churchill, antigua encarnación del nacionalismo reaccionario, proponer a la época los «Estados Unidos de Europa» ? ¿No se ha visto toda la crema del personal político dirigente de las burguesías europeas rivalizar para fundar o dirigir, quien un movimiento por Europa unida, quien la Unión europea federalista, quien el movimiento socialista por los

Estados Unidos de Europa ? Delante de los pueblos que acababan de salir del enfrentamiento de nacionalismos imperialistas, a los politicastros burgueses no les venía de un término pomposo, para designar iniciativas tan prosaicas como limitadas.

Pero ni la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, ni la Comunidad Económica Europea —llamada Mercado Común— que tomará el relevo, constituyen una especie de Estado europeo en embrión, como lo dan a entender aquellos que los han puesto en pie. El uno como el otro, a escalas diferentes constituyen sistemas destinados, en cierto modo, a institucionalizar la desconfianza entre burguesías competidoras, con economías sin embargo complementarias. Era necesario moderar el proteccionismo, asegurar en condiciones aceptables la circulación de mercancías y capitales. Pero como cada Estado deseaba defender prioritariamente los intereses de su propia burguesía y desconfiaba de las demás, era necesario poner en pie un sistema de reglamentación y vigilancia comunes, con instituciones encargadas de efectuarlo, en los límites voluntariamente otorgados por los Estados.

Desde su fundación, el Mercado Común se ha quedado en eso, en cuanto al fondo, incluso si ha ganado en complicación y pesantez burocrática.

Tal como es, el Mercado Común pudo ser sin embargo el marco capaz de ofrecer a los negocios de las burguesías alemana, francesa, italiana, etc. —sin olvidar a la burguesía norteamericana— un campo más amplio, lo que ya no es poca cosa.

Pero, si el crecimiento espectacular de los intercambios entre países europeos ha ilustrado ciertamente,

la interdependencia profunda de esos países en el plano económico, no está dicho que le deba gran cosa a las propias virtudes del Mercado Común.

Incluso si se le llama Europa o esbozo de Europa, el Mercado Común sigue siendo una unión aduanera, dotada sin duda de instituciones, pero débil; débil sobre todo en el marco de la crisis que sacude el conjunto de la economía capitalista.

Uno de los inspiradores de la política europea de los «iscardianos», antiguo miembro de la comisión Europea, protagonista del lado francés de la casi totalidad de las negociaciones tocante a Europa, Jean-François Deniau afirma con desengaño en su libro, «La Europa prohibida»: «Suprimir los derechos arancelarios es una cosa, pero crear una economía común es otra, y establecer una responsabilidad política única es otra más». Pero desgraciadamente, constata Deniau, después de veinte años «de experiencia Europea» «Si se quiere construir una unión aduanera, hay que ir mucho más lejos que la sola unión aduanera: tal era la apuesta del Mercado Común. Apuesta perdida.»

Pues sí, incluso para crear un mercado verdaderamente común, verdaderamente unificado —en el sentido de como lo es un mercado nacional— es decir que permita una libre circulación de las mercancías, de los hombres y de los capitales, se tendría que hacer más que un mercado común.

Ya que, por ejemplo, ¿cómo el dinero de los capitalistas franceses podría circular tan libremente y con tanta seguridad de un lado a otro del Mercado Común, como en el interior del mercado nacional francés? Mientras que en nueve países, nueve

Estados acuñan ocho monedas de cursos variables (sólo el modesto Luxemburgo es un poco una excepción: se contenta con afirmar la soberanía de su Estado imprimiendo el retrato de su Gran-Duque en su moneda, por otra parte idéntica al Franco Belga). Ahora bien, Mercado Común o no, entre 1970 y 1974, la moneda alemana y la moneda italiana por ejemplo, se diferenciaron del 44 % con respecto a su paridad inicial. Pero, acuñar moneda es una de las prerrogativas fundamentales de los Estados nacionales, uno de sus principales recursos también, y no están dispuestos a abandonarlo.

¿Cómo, incluso en ausencia de aranceles, una mercancía podría circular en condiciones similares fuera y dentro de las fronteras?, cuando cada Estado guarda la dominación en su fiscalidad, y cuando el embrollo de las reglamentaciones está definido en general, y siempre aplicado por administraciones nacionales distintas, favoreciendo cada una en prioridad a su propia burguesía.

Claro que los Estados nacionales pueden consentir a compromisos y ponerse de acuerdo sobre la más pequeña base común de sus intereses divergentes. Y lo hicieron en varios dominios, ya que, sin eso, el Mercado Común no hubiera sobrevivido, ni siquiera bajo su forma actual. Pero el menor acuerdo, cuya firmeza es de todas maneras condicional, precisa tratos sin fin.

En una de las numerosas tribunas de discusiones publicada por el diario *Le Monde* a propósito de la cuestión europea, un participante planteó el ejemplo concreto de la cooperación en lo que toca a la navegación aerea, para la cual la sujeción a las fronteras parece particularmente anacrónica.

«Mientras que los Estados Unidos

disponen de veinte centros de control, construidos todos sobre el mismo modelo, según un concepto único, administrados según una reglamentación uniforme, los Estados europeos (...) usan, para un territorio mucho menos largo, dieciséis centros, cada uno diferente de los demás, y que aplican ocho reglamentaciones». «Los pilotos que vuelan sobre Europa caen bajo la jurisdicción de dos, tres, o cuatro administraciones aeronáuticas en unas decenas de minutos. Y las actuaciones a las que deben someterse cambian de tantas veces...» De eso proceden gastos, costes elevados, pérdida de tiempo.

La cuestión de armonizar el sistema sigue en discusión desde hace veinte años. Incluso en un dominio para el cual la necesidad de la unificación resulta tan patente, las cosas no se hacen.

Sólo un Estado único, supranacional, podría unificar a Europa.

¿Cómo hacer que surja un Estado europeo, mediante conciliábulos y tratos entre Estados nacionales ? ; ¿cómo hacer para que progresivamente este Estado europeo releve a los Estados nacionales ? He ahí el problema insoluble que tratan de resolver desde hace tres decenias los pocos partidarios idealistas de una Europa burguesa unificada. En cuanto a los demás, la aplastante mayoría de los hombres políticos, no se plantean cuestiones tan ociosas, a no ser por demagogia. Aguisade unificación europea, se satisfacen con lo ofrecido por el Mercado Común más o menos arreglado según cada uno, pero sin aceptar que se discute la existencia de Estados nacionales soberanos.

EN NOMBRE DE LA SOBERANÍA DE LOS ESTADOS...

Incluso si una parte de la opinión pública burguesa fuera partidaria de la

unificación de Europa, bajo la égida del capital, eso no sería una razón, por parte de organizaciones que se reclaman de la clase obrera, para luchar contra aquella Europa haciendo los defensores del nacionalismo. Y no son, sin duda alguna, los trabajadores los que tienen algo que ganar en el mantenimiento de los Estados nacionales. Pero los principales partidos de la burguesía, de derecha como de izquierda, no piden de ninguna manera la unificación de los Estados de Europa en Estados Unidos europeos.

Al contrario, incluso en las filas conocidas como las más favorables a Europa, niegan estar en favor de un Estado europeo supranacional, a excepción, quizás, de una perspectiva lejana.

El C.D.S., partido de centro derecha de Jean Lecanuet, tiene fama de ser el más pro-europeo de los grandes partidos. Su proposición más audaz concierne el establecimiento de un ejecutivo europeo, constituido por los jefes de Estado en puesto que tomarían las decisiones por unanimidad...

Sin embargo, sería injusto negarle al C.D.S. una modesta, pero muy concreta contribución a la unidad europea : quiere «dar por fin a Europa símbolos concretos : la institución de una fiesta europea celebrada por turno por los nueve en presencia de los jefes de Estado, la elección de un himno, de un emblema y de una bandera oficial».

El Partido Socialista, otro partido que se presenta como partidario de Europa, se apresura en afirmar, sin embargo, por la boca de Mitterrand, que no se trata de «destruir Francia ningún otro país», en nombre de una «mitología abstracta». Estier, por su parte, declara en *L'Unité* que, cierto, el P.S. es partidario de «la elección de la Asamblea europea al sufragio universal a condición de que este nuevo

modo de escrutinio no le permita arrogarse nuevos poderes. Muy astuto es el que va a distinguir la diferencia, si no es en la subtilidad, entre esta posición del «pro-europeo» Estier, y la del antiguo «europeo» Chirac que, por su parte, «está de acuerdo para que se elija el Parlamento europeo al sufragio universal, pero a condición de que tal asamblea no tenga ningún poder».

Mirándolo mejor, incluso las personalidades políticas, francesas o extranjeras, cuyos nombres están directamente ligados a lo que llaman la construcción europea, no hacen muestra de una audacia excesiva en sus propuestas de «integración europea». Incluso Leo Tindemans, primer ministro belga y autor de un informe sobre la unión europea que había en su tiempo desencadenado los anatemas del P.C.F. y del R.P.R. gaulista, explicaba recientemente que no se trataba de entregar al Parlamento europeo poderes legislativos, ya que era simplemente contrario al Tratado de Roma.

Con todo esto, estamos lejos del «es necesario que haya Estados Unidos de Europa» del difunto Winston Churchill quien, por su parte, no gastó muchas flechas para esta idea.

Sólo el P.C. italiano parece distinguirse en su «ultra federalismo», según la expresión de Duverger, al pedir un gobierno europeo, responsable ante una asamblea de las comunidades.

Entonces, apartando la demagogia, ¿por qué todo este ruido y este furor acerca de las elecciones al Parlamento europeo en torno del «porvenir de Europa»? Ya que todo el mundo casi, parece estar de acuerdo para que no tenga mucho porvenir.

Tampoco se puede verdaderamente decir que hay aquí un enfrentamiento entre una corriente proteccionista y una corriente libre cambio. El P.C.F.

dirige, claro está, una campaña proteccionista desencadenada, acerca de todo y fuera de propósito. Pero es casi el único que se opone —si no se toma en cuenta la posición de la Liga Comunista Revolucionaria, sección francesa del Secretariado Unificado— a la extensión del Mercado Común, que incluso Debré «está dispuesto a aceptar bajo ciertas condiciones».

Pero incluso los Gaulistas que, tanto por convicción como por cálculo electoral, juegan a fondo la carta del nacionalismo quisquilloso, no proponen volver atrás con respecto a lo que es el Mercado Común.

El Mercado Común constituye una zona de relativo libre cambio protegido, del cual, en el estado actual de gravedad de la crisis, la burguesía francesa, como tampoco las demás, podría en absoluto prescindir sin grave retroceso económico. ¿Cabe aquí recordar que para los países de Europa, la parte del comercio exterior con respecto al producto nacional representa un porcentaje que va de unos veinte por ciento (para Francia) hasta cerca o más del cincuenta por ciento para países como Holanda, Bélgica o Irlanda? Y en este comercio exterior, la mayor parte —exceptuando Gran Bretaña— corresponde al comercio exterior entre países europeos. Como comparación, la parte global del comercio exterior sólo representa el ocho por ciento para los Estados Unidos, y no es, sin embargo, despreciable. En la comparación de estas dos cifras, reside todo el drama de las burguesías de Europa para las cuales el tener un mercado más amplio que aquel que delimitan sus fronteras nacionales, es una necesidad vital, pero que son incapaces de unificar por completo sus mercados respectivos. De todos modos, es evidente que una brusca alza de las barreras arancelarias o un brusco frenazo, cualquiera

que sea su categoría en los intercambios intra-europeos, sería catastrófico para las burguesías capitalistas de Europa.

Sin embargo, incluso el mantenimiento de esta zona de libre cambio controlado que es el Mercado Común exige evidentemente cierto grado de «supranacionalidad», y un abandono, por parte de los Estados, de algunas de sus prerrogativas, aunque fuera sobre una base contractual. Es lo que expresaba recientemente Barre al hacer votos por «una Europa confederal, es decir una unión de Estados que se asocian, conservando su independencia y consintiendo, en dominios determinados y mediante acuerdos cuidadosamente definidos, los abandonos de la soberanía que impone la asociación».

El R.P.R., incluso Debré, no podría oponerse a eso en el fondo, ya que es exactamente lo que se practica desde hace años, incluso en la época de De Gaulle y de Pompidou, incluso si no se le denomina oficialmente con el nombre de Europa confederal.

Pero, los unos y los otros no están necesariamente de acuerdo sobre el grado de los «abandonos de soberanía» de que se trata.

Y sobretodo, los gaulistas son muy sensibles al hecho que estos abandonos de soberanía puedan escapar un tanto a lo que quieren los Estados contratantes. Lo esencial de la discusión a propósito de la elección al sufragio universal de un parlamento europeo, no obstante sin poder, gira en torno de este problema. Si se elige el Parlamento europeo al sufragio universal y por lo tanto se encuentre éste más próximo de la opinión pública, «si la futura asamblea tiene que ser siempre dueña del orden del día, no hay ninguna garantía» se exclama asustado el gaulista Michel Debré.

Esos temores con respecto a un

parlamento europeo impotente, esta protesta general contra la «supranacionalidad», no es únicamente demagógica.

Es significativa en cuanto al fondo. Para los gaulistas, el mero hecho que se elija el parlamento al sufragio universal, contiene el riesgo de una sensibilización de la opinión pública, capaz de reducir el margen de maniobra de los que, en nombre de los Estados, regatean esos «acuerdos cuidadosamente definidos» mediante los cuales los Estados nacionales renuncian en el momento oportuno, a ciertos aspectos de sus prerrogativas.

Todos los hombres políticos no comparten esos temores. Pero esta discusión es sin embargo significativa, como lo es el acuerdo unánime, para rechazar en el inmediato la idea misma de Estado supranacional.

Las burguesías nacionales no pueden, y sus hombres políticos no quieren, realizar el Estado europeo.

POR LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA

En este contexto, es necesario que los revolucionarios intervengan resueltamente en favor de los Estados Unidos de Europa. ¿Hay por qué temer del riesgo de ser confundidos con los partidarios de la unificación burguesa de Europa? No parece, en el estado actual de las cosas, que este riesgo sea importante, tanto estas personas son prudentes en sus formulaciones, y si hablan a propósito de Europa, de la «esperanza» y, como máximo de la «unión», se niegan a llevar campaña sobre la idea de los Estados Unidos de Europa.

Es mayor el riesgo de contribuir a

la campaña nacionalista orquestada por el Partido Comunista. Oh, sin duda, una parte de la izquierda y de la extrema-izquierda se desmarca de las formulaciones más patrioteras del P.C.F. incluso combatiéndolas en nombre del internacionalismo. Es el caso de la Liga Comunista que afirma su oposición a «la Europa de los trusts», no en nombre de «la independencia nacional», sino en nombre de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Pero, ¿en nombre de qué, la Liga Comunista se opone a «la integración de Portugal, España y Grecia en la comunidad del capital»?, como lo formula el programa oficial en diez puntos de las organizaciones adherentes al Secretariado Unificado y que militan en los países del Mercado Común. Tomar partido sobre este problema, aunque sea en nombre de la lucha contra «la Europa de los trusts», es arrimar el escua a la sardina de la campaña nacionalista. Pues en fin, el mismo P.C.F. pretende, luchando contra la extensión del Mercado Común, defender a los trabajadores contra «la Europa de los trusts».

Es también en nombre de la lucha contra «la Europa del dinero, del paro y de la represión» que personalidades de izquierda y de extrema-izquierda, entre los cuales Isaac Joshua, uno de los dirigentes de la OCT (Organización Comunista de los Trabajadores), Huguette Bouchardeau, nombrada recientemente secretaria nacional del PSU (Partido Socialista Unificado), han constituido un «Comité de iniciativa por una campaña anti-imperialista europea» para rechazar, sin distinción alguna, «la institución parlamentaria europea» y «la integración a la Europa del Capital». Añaden como argumento que el parlamento europeo «trata alejar aún

más los trabajadores de los verdaderos centros del poder».

Como si el alejamiento de los trabajadores de los «verdaderos centros del poder» fuese geográfico y no político y de clase.

¡Argumentos pobres todos estos, para ir en el sentido de los prejuicios nacionalistas con frases marxistas!

Pues bien, los revolucionarios tienen otra cosa por hacer que la de gastar flechas para impedir que nazca una Europa del capital que de todas maneras nadie quiere crear sino bajo la forma en que ya existe desde hace mucho tiempo, es decir bajo la forma de la dominación «supranacional» de los trusts.

Frente a los nacionalismos, es necesario que los revolucionarios afirmen en voz alta que son partidarios de un Estado europeo supranacional que nacerá únicamente de la revolución proletaria. Es necesario que muestren que los trabajadores tienen interés no solamente a la moderación de las fronteras sino a su supresión completa. Es necesario que muestren que son adversarios resueltos de los Estados nacionales, a la vez porque son aparatos de opresión contra los explotados, y también, porque la existencia de estos Estados nacionales es un obstáculo enorme ante el desarrollo económico, cultural y humano de la sociedad.

Pero también, tienen que mostrar la hipocresía, la impotencia de los partidarios burgueses de la idea europea. No es la amenaza de la Europa capitalista la que hay que agitar, sino la incapacidad del capitalismo en construir Europa que hay que denunciar.

Los revolucionarios son los partidarios resueltos de la unificación de Europa. El mundo capitalista es el adversario.

La crisis anuncia un nuevo periodo

de inestabilidad del mundo capitalista y por eso reune peligros de renacimiento de viejos antagonismos nacionales. Pero la solución a los problemas de los países de Europa no está en la exacerbación de los nacionalismos, sino en la unidad de los explotados de todos los países de Europa en la lucha contra sus explotadores. Y el desenlace de esta lucha debe ser el derrocamiento de las burguesías nacionales y la toma del poder por los trabajadores en el marco de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Claro está, incluso unidades tan vastas como Europa, son estrechas hoy para las fuerzas productivas del hombre como para el completo desarrollo de la civilización humana. Su porvenir es el de colocarse en la federación mundial de los pueblos.

Pero el porvenir pertenece a los grandes conjuntos humanos, desembarazados de toda traba, de todos los obstáculos, ante la libre circulación de los hombres y de los bienes. También es a la escala de estos vastos conjuntos que la producción puede ser racionalmente

organizada y planificada.

También, es en el marco de tales vastos conjuntos donde los pueblos podrían desarrollarse por completo, sin opresión, y en cooperación fraternal con los demás. Ya que incluso sobre este terreno, el Estado nacional sólo es una protección al precio de un repliegue sobre sí mismo; invernadero caluroso para toda clase de chauvinismos, racismos y xenofobia en el pueblo mayoritario, es generalmente al mismo tiempo una prisión para las minorías.

Los Estados Unidos de Europa son una necesidad para los trabajadores, una necesidad para los pueblos. Si no se pueden realizar, es porque una ínfima minoría de explotadores necesita proteger sus privilegios contra otros explotadores competidores, y contra los explotados de sus propios pueblos.

Es por lo que la supresión de estos privilegios, el derrocamiento de la burguesía explotadora por la clase obrera y, la creación de los Estados Unidos de Europa están indisolublemente vinculados.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

| | |
|----------------|---------|
| PRICE : France | FF 5 |
| Spain | ptas 80 |
| USA | \$ 1.25 |

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,

Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.